

Artículo de revisión

*Hipocratism, Neohipocratism y Homeopatía

**Roberto Mendiola Quezada

Resumen

El presente trabajo expone de manera detallada los principios fundamentales de la filosofía científica creados por Hipócrates, y el respeto que la Homeopatía ha tenido por ellos. El autor destaca el nacimiento de una nueva escuela médica (1918), denominada neohipocratism, y afirma que sus preceptos son los mismos que enseñan los homeópatas desde principios de 1800. Es evidente, señaló el doctor Mendiola Quezada, que existe una coincidencia clara entre ambos movimientos que podría resumirse con las siguientes máximas: “el enfermo es la única realidad en medicina” y “la enfermedad es sólo una ficción, una necesidad de clasificación”.

La conferencia, dictada en 1963 en el marco de las *VI Jornadas Médicas del Hospital Nacional Homeopático*, fue sumamente optimista ya que preveía que el movimiento neohipocrático podría convertirse “en el punto de confluencia de las dos tendencias, alopátia y Homeopatía, pudiendo llegar a ser el puente que salve el innecesario abismo entre ambas entidades”.

Abstract

This paper describes in detail the fundamental principles of the Hippocrates scientific philosophy and the respect that homeopathy has had for it. The author emphasizes the rise of a new medical school in 1918, called neohippocratism, and states that its provisions are the same that are taught in homeopathy since 1800. It is clear, Dr. Mendiola Quezada affirms, that there is a strong concordance between the two movements that could be summed up with the following aphorisms: “the patient is the only reality in medicine” and “the ailment is only a fiction, a need for classification”.

The lecture, issued in 1963 in the agenda of the VI Medical Meeting of the National Homeopathic Hospital, was highly optimistic as he expected foreseeing that the neohippocratic movement could become “the point of confluence of two trends, Allopathy and Homeopathy, making the bridge to save the unnecessary gap between these two entities.

PALABRAS CLAVE:

Hipocratism, Neohipocratism, Homeopatía, Teoría de los humores, Doctrina de las crisis.

KEYWORDS:

Hippocratism, Neohippocratism, Homeopathy, Humours theory, Crisis theory.

*Conferencia dictada en el marco de las VI Jornadas Médicas del Hospital Nacional Homeopático, en representación de la Escuela Nacional de Medicina Homeopática. Publicada originalmente en la edición agosto-septiembre de 1963 (número 261 y 262) de *La Homeopatía de México*.

**Catedrático e investigador de la Escuela Nacional de Medicina Homeopática (ENMH), del Instituto Politécnico Nacional. Coordinador del Departamento de Investigación y Subdirector de la ENMH. Colaborador en las revistas *La Homeopatía de México*, *Boletín Médico Hahneamanniano* y *Tlalocan*.

Señores congresistas:

Repetidas veces hemos oído decir a los colegas médicos homeópatas, a nuestros maestros, y lo hemos dicho a su vez a nuestros discípulos, que la medicina homeopática tiene su más honda raíz en la escuela de Hipócrates. ¿Hasta qué punto es cierta esta afirmación?, y ¿hasta qué grado el renacimiento del hipocratismo en la nueva escuela neohipocrática, que sustenta un gran sector de médicos tradicionales, concuerda con la Homeopatía dándole la razón y robusteciéndola? Trataremos, en lo que sigue, de contestar a esas cuestiones, analizando paralelamente y de la manera más breve posible, el hipocratismo y la Homeopatía, el neohipocratismo y la Homeopatía.

La escuela médica de Cos, encabezada por Hipócrates, era una concepción filosófico-científica y práctica de la medicina, la más científica de su época, que trataba de enriquecer y elevar “el arte de curar” sacándolo del dogmatismo en que por largos siglos había estado estancado y al que volvió cuando la benéfica posición de los hipocráticos fue olvidada.

Sustentaba una serie de principios de los cuales vamos a extraer los principales para nuestro análisis:

1. Afirmaban los hipocráticos que “tiene mayor importancia el estado general del sujeto enfermo que la localización de la enfermedad”.
2. Para ellos “la observación sensorial es la única fuente de la ciencia médica”.
3. Por eso el diagnóstico estaba altamente desarrollado entre ellos, ya que siempre procedían “con minuciosa observación y concediendo gran importancia a todos y cada uno de los síntomas”, haciendo un “cuidadoso estudio del estado general y una distinción precisa de los síntomas principales”.
4. En estos médicos estaba altamente desarrollado el sentido crítico y “pregonan la experiencia en lugar de la vaga especulación”, “armonizan la teoría con la observación clínica” y siempre “hacen sus prescripciones con apego a una más detenida observación de la individualidad morbosa, en cada uno de sus diferentes aspectos”.
5. Tratando de descubrir la naturaleza de las enfermedades y las leyes de su evolución, crearon la teoría de los humores y la doctrina de las crisis, y afirmaron:

- a) Que en el organismo existían cuatro humores: sangre, moco, bilis negra (melancolía) y bilis amarilla (cólera).
- b) Que la enfermedad no era otra cosa que una desviación de la mezcla normal de esos humores o el equilibrio entre ellos, desviación a la que llamaban “Discrasia”, siendo su equilibrio normal la “Eucrasia”.
- c) Esta “discrasia” podría tener como factores causales: un modo vicioso de vida, influencias del viento, del agua, de emanaciones malsanas, de los venenos, de las estaciones y de los astros; o bien, como factores causales internos, una detención de las secreciones, los pesares, la herencia, la predisposición, la edad y el sexo.
- d) La “discrasia” establecida produce o genera la “materia morbosa” y una vez formada ésta, el curso de la enfermedad, su evolución, dependerá de que “la naturaleza, única que posee la capacidad de curar, sea capaz de dominar con su propia fuerza, con su *physis*, a la materia morbosa”.
- e) Este esfuerzo, esta lucha, determina tres períodos en la evolución de la enfermedad: el de crudeza o “apepsia”, el de cocción o “pepsia” y el de eliminación o “crisis”. Según esto, la materia morbosa perniciosa en estado de crudeza es llevada por la fuerza de la naturaleza o *physis*, y mediante el calor innato, al estado de cocción o “pepsia”, y una vez cocida es eliminada en la “crisis”. Si esto no sucede así, se pueden presentar depósitos de materia morbosa en estado de crudeza y en cualquier parte del organismo, depósitos que constituyen la “apostásis” o “apostema”, es decir, el absceso o foco purulento, el cual, según lo reconocían los hipocráticos, “debe ser abierto al exterior ya que si no se abre naturalmente o por incisión, la enfermedad se prolonga”.
- f) Esta prolongación por persistencia de restos no cocidos, produce las enfermedades crónicas, las metástasis y las recidivas.
- g) Observando, con su peculiar profundidad, la periodicidad cronológica evolutiva de ciertos padecimientos, los hipocráticos influidos por las **teorías numerológicas** de Pitágoras, establecieron la **teoría de los días críticos** y afirmaron, a veces con bastante exactitud, que “según el tipo de sangre, así sería su día de crisis o de

eliminación terminal, dándose preeminencia a los días 4 y 7 y a los múltiplos de éstos: 8 y 14, 12 y 21. Exagerando un poco el rigor de esta periodicidad afirmaron que, si el descenso de la fiebre o la eliminación de la materia morbosa se producía en un día diferente del crítico, los esfuerzos de la naturaleza no habían sido coronados por el éxito y pronosticaban entonces la muerte o, por lo menos, la agravación, la complicación o la recaída.

- h) Esa misma aguda observación los llevó al conocimiento de los síntomas de la muerte próxima de manera completa; es de sobra conocida la clásica **facies hipocrática** que tan bien describe la cara de los moribundos.

6. Dos normas esenciales regían la terapéutica homeopática hipocrática:

- a) La convicción de que la verdadera curación de las enfermedades se produce por la *physis*, “fuerza curativa de la naturaleza” o “fuerza vital”, por lo cual, la actividad o la intervención del médico debe limitarse exclusivamente a favorecer o apoyar esta fuerza curativa; expresaron: “*natura morborum medicatrix*” (la naturaleza se cura por sí misma).
- b) El reconocimiento de que el deber primordial del médico, “es ser útil, o por lo menos, no ser perjudicial”, actitud que conducía a emplear prudentes tratamientos, evitando todo aquello que pudiera resultar dañino.

Para llevar a cabo lo anterior tenían que prescribir (no sin antes realizar una cuidadosa consideración de la individualidad de los enfermos, sin esquemas preconcebidos) un régimen adecuado, una reglamentación del género de vida en cuanto a alimentos, sueño, ejercicio, reposo, etcétera. Realmente utilizaban pocos medicamentos, dando preferencia al régimen, pero cuando era menester emplearlos, lo hacían basándose en cualesquiera de dos principios, según lo creyeran indicado: el principio de contrarios o el principio de semejantes.

Conocido es el texto de Hipócrates que dice: “hay enfermos que curan por los contrarios; hay enfermos que curan por los semejantes. Todo depende de la naturaleza de la enfermedad”. Y también son célebres sus siguientes expresiones: “hay que emplear el principio de contrarios para las enfermedades de causa conocida; el de semejantes para las de causa desconocida”. “La enfermedad se produce

por los semejantes y mediante los semejantes que se dan, el paciente vuelve de la enfermedad a la salud. Así, lo que produce la estranguria que no existe, cura la estranguria que existe; la tos, lo mismo que la estranguria, es originada y curada por la misma cosa”.

“Las substancias que son purgantes naturales pueden provocar estreñimiento”. He aquí el modo de formación de las enfermedades, vienen algunas veces por los semejantes y curan por las cosas que las engendran. Y finalmente, “así el vómito es detenido por un vomitivo. Pero se puede también detener el vómito eliminando lo que con su permanencia en el cuerpo provoca el vómito. De modo que por los dos opuestos caminos la salud puede ser restaurada. Procediendo así será fácil, ya sea según la naturaleza y causa de la enfermedad, tratarla de acuerdo al contrario o al semejante”.

Expresábamos al principio de este trabajo la opinión de que la medicina homeopática tiene su más honda raíz en la escuela de Hipócrates; en realidad no sólo la medicina homeopática, sino toda la medicina, está cimentada en mucho sobre la obra hipocrática; lo que sucede, en realidad, es que las directrices trazadas por el genio de Cos y sus discípulos han sido abandonadas casi por la escuela que llamamos galénica, unas precisamente por las ideas introducidas por Galeno y otras por considerarlas anticuadas, no quedándose sino con uno que otro concepto terapéutico y una que otra norma ética.

En cambio, la medicina homeopática sigue nutriéndose de las verdades hipocráticas, precisamente, porque las estima como tales y por tanto las considera invariables en el tiempo; pero no sólo se basa en ellas, sino que, a través del pensamiento hahnemanniano las ha ampliado, sistematizado y modernizado; las ha hecho a la vez prácticas y profundas, y ha mostrado la enorme fecundidad conceptual y de aplicación que esas verdades encierran.

Se podría decir que la medicina homeopática, inspirada en Hipócrates, sigue fiel a Hipócrates, pero ha enriquecido y ampliado la obra de Hipócrates.

Pero veamos si lo que decimos es cierto y para ello analicemos comparativamente los conceptos hipocráticos que hemos citado, con los conceptos hahnemannianos que dieron nacimiento a la Homeopatía.

Como lo hemos asentado antes, los médicos de la escuela de Cos concedían más importancia al

estado general de los sujetos enfermos que a la localización de la enfermedad; estaba ya en ellos la idea de que un enfermo no lo es solamente de una parte, órgano o región, sino que todo él padece, idea que Hahnemann redondeó, aclarándola y sistematizándola, al crear el tercer principio de la Homeopatía: la **individualidad morbosa**; principio que establece categóricamente el hecho de que todo enfermo es **un individuo enfermo**, un algo indiviso que, como tal, participa en totalidad de la enfermedad y reacciona contra ella en totalidad también, dando el cuadro sintomatológico propio de su síndrome, de esa su enfermedad que es alguna entidad nosológica de la patología, modificada a través de su todo orgánico propio y exclusivo. La generalización del padecimiento de la escuela hipocrática se convirtió en la individualidad patológica de la escuela hahnemanniana.

Los médicos de Cos tomaban a la observación sensorial como la única fuente de la ciencia médica; los médicos homeópatas emplean y exigen emplear minuciosamente la observación, como lo hacían aquellos, para **conocer al individuo enfermo**, pero le agregan, para lograr la terapéutica propia del sistema, la experimentación, esa **experimentación pura** que constituye el segundo principio de la Homeopatía. En esa observación minuciosa, los hahnemannianos, como los hipocráticos, hacen una distinción de los síntomas principales, la llamada jerarquización de ellos, que señala a los característicos y a los de mayor valor.

La **teoría de los humores** y la **doctrina de las crisis**, que hemos apuntado brevemente, coinciden, en lo fundamental, con la teoría de la enfermedad original que lega sus estigmas, sostenida por Hahnemann y los homeópatas clásicos bajo el nombre de **psora**, así como con la teoría de la otra degeneración, también hereditaria, conocida como **sycois**, y modernamente interpretadas ambas como la **autointoxicación condicionada en su establecimiento y evolución por un terreno específico, por una individualidad apropiada**. Los esfuerzos eliminadores del enfermo eran las crisis, mediante las cuales el organismo se desembarazaba de la “materia morbosa” ya “cocida”. Ahora se dice y principalmente lo afirma la Homeopatía, que todo enfermo es un intoxicado y que su mejor tratamiento consistirá en hacerle eliminar las toxinas. Cuando esta “materia morbosa” permanece “cruda” se acumula, y si no es eliminada en las “crisis” producirá la persistencia y la complicación del mal, es decir, la enfermedad crónica. Lo mismo asienta Hahnemann, con otras palabras, después de analizar *in extenso* a las enfermedades crónicas.

Era convicción de los hipocráticos que la fuerza de la naturaleza, la *physis*, constituía lo único capaz de transformar a la “materia morbosa” para lograr su eliminación, es decir, lo único capaz de curar a lo que también llamaban “fuerza curativa de la naturaleza” o “fuerza vital”. ¿Qué otra cosa es esto sino el **dinamismo vital** de Hahnemann, quinto principio de la Homeopatía?

La prudencia en los tratamientos, para no dañar, caracterizaba a los médicos de la Escuela de Cos. El deber primordial del médico, decían, “es ser útil, o por lo menos, no ser perjudicial”. Hahnemann habría de decir después: “la primera y única misión del médico es devolver la salud a los enfermos: esto es lo que se llama ‘curar’” (parágrafo 1 del *Organon*), y más adelante: “la perfectibilidad del arte consiste en restablecer la salud de una manera pronta, suave y duradera, separando y destruyendo totalmente la enfermedad, del modo menos perjudicial y por el camino más corto y seguro”.

La prescripción, cuando se veían forzados a ordenar algún medicamento, la basaban los hipocráticos en cualquiera de estos dos principios: el de contrarios y el de semejantes; en ellos estaba ya entonces el germen de la Homeopatía, como se puede ver en los textos que citamos antes, es decir, la **Ley de los semejantes**, primer principio de esa doctrina.

Se ve que la Homeopatía, como lo señalamos en un párrafo anterior, inspirada en Hipócrates, sigue fiel a Hipócrates, pero ha enriquecido y ampliado la obra de Hipócrates.

Grupos numerosos de médicos tradicionales, que permanecían fieles a Galeno, han vuelto recientemente los ojos a Hipócrates, reconociendo la verdad encerrada en sus principios y así ha surgido, casi después de la Primera Guerra Mundial (1918), un movimiento evolutivo que se sintetiza en la nueva escuela médica denominada: neohipocratismo. Analizaremos su postura y sus principios, paralelamente a la Homeopatía, como lo hicimos con el hipocratismo, no extendiéndonos en la parte histórica por carecer de tiempo y espacio para ello.

El neohipocratismo sustenta como conceptos básicos:

- I. La concepción crítica de la enfermedad como ficción.
- II. La concepción de la unidad del ser vivo.
- III. La concepción holística de la enfermedad.
- IV. La concepción de las diátesis.
- V. La concepción dinámica de la enfermedad.

VI. El principio de terapéutica biológica.

I. La concepción crítica de la enfermedad como ficción. Los neohipocráticos consideran a la enfermedad desde dos puntos de vista:

- a) La enfermedad como “unidad de clasificación”, surgida de la necesidad de ordenar, sistematizar, clasificar, en suma, los datos patológicos tan diversos, a fin de conocerlos mejor dentro de cuadros generales, formando así las **nosografías**. La enfermedad vista así, no es real, sino una ficción.
- b) El enfermo es llamado “la única realidad en medicina”. Afirman: “la historia demuestra cómo la enfermedad, en el sentido de cuadro de clasificación, cambia en el tiempo según sea el criterio usado para la clasificación. Es, pues, una ficción; la realidad patológica es el individuo enfermo y nosotros sólo nos servimos de la ficción-enfermedad para pasar al individuo enfermo. No se puede pues, tratar una enfermedad, solamente se puede tratar al enfermo” (doctor Cawadias, de Londres).

Ahora bien, no se necesita mucho esfuerzo para ver que lo que afirman los neohipocráticos, desde 1918, es exactamente lo que vienen afirmando y enseñando los homeópatas desde principios de 1800: el principio de la individualidad morbosa de que ya hablamos, el hecho de que “cada individuo enfermo hace su enfermedad”, es decir, de que cada organismo modifica, por sus propias peculiaridades constitucionales, el cuadro general de clasificación de las enfermedades. Es entonces al enfermo al que hay que conocer bien para curarlo, aun cuando su sintomatología encuadre en general, y aproximadamente, en la imagen de cualesquiera de las entidades nosológicas.

El acuerdo entre neohipocratism y Homeopatía es claro: “el enfermo es la única realidad en medicina” y “la enfermedad es sólo una ficción, una necesidad de clasificación”.

II. La concepción de unidad del ser vivo. Esta concepción, más aristotélica que hipocrática, la toma el neohipocratism y afirma en consecuencia, que “el ser vivo no es una federación de órganos o células”, y que “el todo en Biología es algo más que la suma de las partes”. Que ese todo es el resultado de una verdadera integración, equiparando los términos **unidad e integración** y dicen: “si el ser humano es uno, está integrado en un todo” y esta afirmación suya

está perfectamente demostrada por los trabajos de los fisiólogos Chafard, Claudio Bernard, Haldane, Gaskell y Langley; de los biólogos Russel y Ritter; de los bioquímicos Oliver y Schaffer, Bayliss y Starling, y finalmente del neurólogo y fisiólogo Sherrington.

Todos estos investigadores lograron precisar, cada uno en su especialidad, la integración fisiológica, la integración química, la integración cerebral, concluyendo con ello que el organismo humano está integrado en un sistema unitario, constituido por las glándulas endocrinas, el sistema nervioso vegetativo y la corteza cerebral, psicoasociada al sistema que Cawadias llama “psiconeuroendocrino” y que designa como la base principal del neohipocratism.

Nuestro principio de la **individualidad morbosa**, que profundiza en la unidad del individuo enfermo, reconoce en forma general la unidad del ser vivo como algo esencial para su vida y que necesariamente se refleja en el individuo cuando su vida se desarmoniza y enferma. Esa “forma particular de reaccionar de cada individuo frente al ataque de los agentes patógenos”, es decir, la individualidad morbosa, puede explicarse perfectamente a partir de esa integración “psiconeuroendocrina” y modernamente podemos decir, con los neohipocráticos, que el “modo particular de reaccionar de cada individuo”, **su individualidad morbosa, no es otra cosa que el modo personal de verificarse la integración psiconeuroendocrina en “reacción de alarma” que dijera Selye, y condicionada al terreno particular de que se trate.**

III. La concepción holística de la enfermedad. Concebir la enfermedad como total, es decir, que está en el organismo entero, fue una conquista de Hipócrates; recuérdese que los médicos de Cos daban más importancia al estado general que al local y que afirmaban que “la enfermedad principia como un proceso general y sólo después se presentan las localizaciones lesionales”. Y los neohipocráticos, consecuentes con su principio de integración, aceptan lo postulado por Hipócrates y afirman: “la enfermedad está en el organismo entero”, y “el proceso general total es lo primero, la lesión local es lo secundario”.

Consecuentes igualmente los médicos homeópatas con su principio de individualidad en salud y en enfermedad, han afirmado siempre que “un enfermo lo es total”, no parcial, y que por ello es absolutamente necesario, para curarlo, tener en cuenta la totalidad de sus síntomas sin despreciar ninguno, y prescribirle el medicamento que, siendo su semejante, llene esa totalidad de síntomas. **La semejan-**

za y la individualidad morbosa y medicamentosa tienen como denominador común el carácter holístico, el carácter de totalidad. Esta es la razón del proceder homeopático, que no se limita a tratar una lesión local, un síndrome restringido a un órgano, sino que recoge lo que haya de sintomatológico en todo el individuo y hacia eso dirige su terapéutica semejante, sabiendo que al curar el todo se curará la parte, cuyo sufrimiento no es sino una consecuencia del padecer total.

IV. La concepción de las diátesis. Hipócrates consideraba ya la existencia de la diátesis. Para él la enfermedad depende en mucho de la constitución psicofísica del individuo. Los neohipocráticos explican que “según las diferentes constituciones psicofísicas, se desarrollan o no, y toman o no, una evolución más o menos grave las enfermedades”.

Así, para los neohipocráticos, diátesis significa predisposición y dicen: “cada individuo, en razón de su constitución, tiene una predisposición especial, vale decir, una diátesis especial”.

Sin entrar en la discusión de lo que son las diátesis, ya que esto no es objeto de este trabajo, señalaremos sin embargo que la idea que los neohipocráticos tienen de las diátesis es casi la misma que la Homeopatía ha venido sustentando desde hace más de un siglo, ya que, para ésta, la diátesis “es el terreno propicio, derivado de la constitución particular y que está señalado por el tipo psicofísico, al cual corresponderán medicamentos constitucionales o ‘diatésicos’ semejantes”.

La Homeopatía ha desarrollado toda una teoría constitucional de aplicación terapéutica inmediata, en la cual se aborda el problema de las diátesis, y esto lo reconocen algunos neohipocráticos como el inglés Cawadias y el austríaco Aschner, el primero de los cuales dice, entre otras cosas: “fue Hahnemann quien, en sus enfermedades crónicas, demostró que hay enfermedades que no curan, a menos que se les dé un medicamento que esté adaptado al tipo psicofísico”.

Y más adelante: “la obra de Hahnemann consistió en dar una descripción clínica de esos tipos psicofísicos, de estos biotipos, una obra en la cual podemos ver las fuentes originales de la biotipología”. He aquí como Cawadias afirma justamente lo que venimos asegurando en clase: “Hahnemann, decíamos, fue el más grande precursor de la biotipología actual”. Pero oigamos otra opinión del neohipocrático inglés: “Hahnemann, dice, fue más lejos de-

mostrando que existen medicamentos que se deben dar a estas constituciones especiales, vale decir, que hay medicamentos que se adaptan al biotipo y no a la enfermedad. Estos medicamentos que debemos considerar actualmente como agentes catalíticos del sistema psiconeuroendocrino, son los policrestos homeopáticos”.

V. La concepción dinámica de la enfermedad. La enfermedad, para Hipócrates y sus discípulos, era una lucha entre el organismo y los agentes agresores externos; decían que “por síntomas especiales se manifestaba la victoria del organismo y otros síntomas indicaban los desfallecimientos del mismo”. Es la naturaleza, su fuerza, la *physis*, la que lucha y logra vencer al agresor. Para ellos la naturaleza es el verdadero médico, de donde se deduce que éste es un sujeto expectante que observa la lucha, la estudia y trata de ayudar a la *physis*.

La hipertrofia compensadora del corazón, observada por Corrigan; el mecanismo defensivo de la inflamación, demostrado por los anatomopatólogos, y toda la inmunología muestran claramente cómo la enfermedad es una lucha y la naturaleza el médico. Mucho se ha discutido sobre la esencia de esta *natura medicatrix* que ha recibido diversos nombres e interpretaciones. Paracelso se refiere a ella como un “arqueo”, es decir, un arcano actuante; Van Helmont acepta ese arqueo, pero aclarando que actúa mediante modificaciones químicas; Stahl la llama “ánima”, el alma que identifica plenamente con la *physis* de la *natura*; Willis la divide en dos: “un alma racional y un alma vegetativa”, encomendándole a esta última la tarea de la *natura*; Cullen, sin detenerse a definirla, la concentra en el sistema nervioso. Los médicos árabes Maimonides y Rhazes la aceptan como la “esencia de una enfermedad dinámica” y la escuela de Montpellier la defiende durante siglos, como defiende, de hecho, a toda la filosofía hipocrática. Más recientemente, el “Hipócrates inglés”, Sydenham, y su colega francés Bordeau, no discuten la naturaleza de la *natura*, pero la aceptan llamándola “un principio director”.

Los neohipocráticos, retomando el problema, aceptan la *physis* pero dándole cierta precisión científica, y afirman que la “**natura medicatrix es el sistema de integración psiconeuroendocrino que permite la defensa por un proceso de adaptación**”. Y más adelante: “es ese sistema que se halla en lucha en la enfermedad y que reacciona especialmente frente a los agentes mórbidos externos. Los primeros síntomas son las manifestaciones de la victoria o la derrota de este sistema, y estos síntomas se hallan

indicados biológicamente por las modificaciones de la química del cuerpo, o modificaciones del metabolismo. En toda enfermedad hay, como primera fase, una etapa metabólica o psiconeuroendocrina. Y es actuando sobre este elemento como podremos tener los éxitos terapéuticos más completos”.

En la Homeopatía todo es dinámico; así, ella considera a la enfermedad como una reacción orgánica ante el agresor, reacción que tendrá éxito si la fuerza vital del sujeto es suficiente, es decir, si su **dinamismo vital**, como la doctrina lo llama, basta para vencer. Aceptando que ese dinamismo, es decir, ese sistema de integración psiconeuroendocrino de los neohipocráticos o esa “reacción de alarma” de Hans Selye, sea el factor decisivo de la lucha y que pueda en la mayoría de las veces bastarse por sí solo, **él médico homeópata no acepta dejar sola a esa physis, no comulga con la actitud expectante, sino que piensa que debe hacer algo, pero algo que se limite a ayudar a esa integración, a esa reacción, a esa physis, a ese dinamismo o como quiera llamársele, y que, para conseguirlo, actúe en la misma forma o dirección de esa defensa; sumando su esfuerzo al de la naturaleza, y despertando por el uso adecuado de las dosis, la respuesta contraria del organismo enfermo.** Tal es la lógica actitud terapéutica de la Homeopatía que, desde Hahnemann mediante la Ley de Semejantes y en consonancia ahora con el neohipocratismo, prescribe para una “enfermedad dinámica” un “medicamento dinámico”.

VI. Principio de la terapéutica biológica. De acuerdo con todo lo anterior, el neohipocratismo afirma categóricamente en este su sexto principio: “si es cierto que es el enfermo quien se defiende contra su enfermedad, la finalidad del médico es ayudarlo en esa defensa, dejando tranquilo lo que la defensa realiza bien, moderando los exabruptos de la naturaleza, a veces ciega, y sosteniendo la *natura mediatric* cuando ella claudica”. He aquí una posición casi idéntica a la de la Homeopatía, expuesta antes; los neohipocráticos se oponen, como lo ha hecho desde siempre la Homeopatía, a la actitud expectante o “nihilismo terapéutico”, tanto como al exceso de intervención o “quiracismo terapéutico”, del cual Bartež decía: “como médicos, golpeamos ciegamente a la enfermedad y al enfermo. Tanto mejor si es la enfermedad a la que rompemos”. Al no aceptar tampoco este intervencionismo desmesurado y a veces brutal, el neohipocratismo dice: “a ese quiracismo se opone nuestro concepto biológico moderno: hay que ayudar a la constitución del enfermo; nada pues de violencias, nada que pueda debilitar esta constitución que,

a pesar de todo, es nuestra primera arma contra la enfermedad”.

Si una de las formas terapéuticas de ayudar al organismo enfermo en su lucha es por medio de sustancias medicamentosas, ¿cuáles serán las que no agredan y cómo vamos a utilizarlas?

El neohipocrático Cawadias contesta las preguntas citando las palabras de Oliver Wendell Holmes: “si nosotros tiráramos todos los medicamentos al mar, ello sería mucho mejor para la humanidad y mucho peor para los peces”. Frase que concuerda con el pensamiento de Hahnemann, cuando éste arrojó por la ventana las medicinas de la hijita del académico Ernesto Legouvé.

Y continúa Cawadias: “sabemos que el principio biológico ha transformado nuestra concepción quimioterápica. Y mientras que la idea de *therapia sterilisans* ‘magna’, de Ehrlich, se encuadraría dentro de lo que hemos llamado quiracismo, **la quimioterapia moderna sería una inmunoterapia medicamentosa. Las dosis aún pueden ser grandes, pero se busca tratar al enfermo y no matar al microbio**”. Y el mismo autor, como otros neohipocráticos selectos, asienta: “**es gracias a la introducción del principio biológico en terapéutica, principio neohipocrático, que hemos cambiado nuestra actitud frente a la Homeopatía**”.

El autor también dice: “Hipócrates había escrito que hay enfermos que curan por los contrarios; hay enfermos que curan por los semejantes. Todo depende de la naturaleza de la enfermedad”.

Lo que vendría a ser: de la experiencia clínica. Esto fue desgraciadamente tan olvidado por los alópatas como por los homeópatas. La homeoterapia es un método de desensibilización colateral, y sabemos bien que la desensibilización tiene indicaciones extraordinariamente importantes y numerosas. **Los policrestos homeopáticos, a mi manera de ver, agentes catalíticos que regulan ciertas estructuras del equilibrio psiconeuroendocrino, y en cuanto se refiere a las dosis de los homeópatas, los recientes trabajos de la fisicoquímica y de la endocrinología justifican plenamente las ideas de Hahnemann. Los neohipocráticos, sigue diciendo, deben hacer entrar la terapéutica homeopática en su práctica.**

Personalmente yo la he estudiado durante años y la he aplicado en gran número de casos, siguiendo siempre el principio de Hipócrates en que

hay casos en que la terapia por los semejantes está indicada; y allí donde existe esta indicación es muy superior a toda otra terapéutica.

“Nosotros los neohipocráticos, no podemos dividir a los médicos en alópatas y homeópatas, lo mismo que no podemos dividir a los políticos en güelfos y gibelinos. **Estas divisiones, que tienen su justificación histórica, son anacrónicas en la actualidad. La única división que podemos aceptar entre los médicos, es la de los médicos completos y los médicos incompletos. Y debo confesar francamente que considero como médico incompleto a aquel que no conoce y no practica la Homeopatía cuando ella está indicada**”, dice Cawadias.

Y concluye el autor citado, **“no conozco ninguna sola crítica adversa a la Homeopatía, escrita por quien se haya molestado en estudiarla”**.

Señores congresistas: todas estas similitudes de pensamiento y de acción entre el viejísimo hipocratismo, la adulta Homeopatía y el joven neohipocratismo, ¿son meras coincidencias? Indudablemente que no. Son, por el contrario, manifestaciones necesarias de una verdad inmutable que afloran en

distintas épocas cambiando sólo su ropaje. En el devenir de la medicina el progreso se impone, con él cambian el lenguaje, las técnicas, los procedimientos; se conocen mejor las causas, se afina la terapéutica, pero los principios, los verdaderos principios siguen inmutables.

Y esos principios los entrevió Hipócrates, los engrandeció Hahnemann y los rejuvenecen los neohipocráticos. Nadie ha copiado a nadie, simplemente la verdad ha iluminado diversas mentes. Podemos decir que los neohipocráticos, al redescubrir a Hipócrates, están de hecho descubriendo a Hahnemann.

Con ello el movimiento neohipocrático ofrece a la medicina dos halagadoras promesas: se sitúa como el punto de confluencia de las dos tendencias, alopatía y Homeopatía, pudiendo llegar a ser el puente que salve el innecesario abismo, y mueve la inquietud de los homeópatas para que, aprovechando lo nuevo y bueno de ese pensamiento, emprendan la tarea de actualizar el lenguaje, las técnicas, los procedimientos y de resolver los problemas de la doctrina, que aún no tienen clara interpretación fenomenológica.